

Lunes XXXII del TO
Ciclo B



11 de noviembre de 2024

Tit 1, 1-9

Sal 138

Lc 17, 1-6

P. Eduardo Suanzes, msps

Todas las parábolas y sentencias de Jesús, esas que son lapidarias, tienden a trastocar el aprobado o aceptado sistema de valores de su tiempo. El Antiguo Testamento urgía al judío a perdonar a sus conciudadanos; pero no a los extranjeros. Con Jesús, sin embargo, el perdón se proyecta más allá de cualquier limitación. Él deja claro que cualesquiera que hayan sido las enseñanzas aceptadas hasta ese momento, estaba proponiendo una nueva: que se debe perdonar una y otra vez, sin ninguna limitación.

El amor al que Jesús invita puede ser evaluado por nuestra disposición al perdón. Amar al prójimo incluye perdonarle de corazón aquello en que nos ha ofendido. Y es evidente que Jesús entendió esa disposición al perdón como un signo del seguimiento y una característica de la comunidad de sus seguidores.¹

En el pasaje paralelo al que hemos leído hoy de Lucas, el de Mateo, ¿se acuerdan?, Pedro, le propone a Jesús perdonar las siete veces, pero el Maestro le lanza al *setenta veces siete*. Esta enseñanza hace saltar por los aires la mentalidad de Pedro y los demás discípulos, entrenados en el contexto religioso de su tiempo. Pedro pensó que estaba siendo muy generoso al proponer perdonar las ofensas hasta siete veces. Estaba esperando una palmadita en la espalda cuando trajo a colación esta fórmula. Como a menudo le sucedía al pobre de Pedro, calculó mal, y fue reprobado. Jesús dijo: *“Ustedes deben perdonar no sólo siete veces, sino setenta veces siete”*². Puesto que el siete es un número perfecto, la clara implicación es que el perdón sin límites es la perfección a la que Jesús llama. La revancha, la venganza, que estaban institucionalizadas quedan, así abolidas y descartadas. Nada hay en Dios de rencor o venganza. Es por eso por lo que Jesús deroga la antigua ley del talión: *«Ojo por ojo y diente por diente»*³, que justificaba la venganza personal; a partir de ahora ya no forman parte de aquellos que quieren seguir a Jesús⁴.

Jesús propone el perdón como elemento de sanación de vínculos que hayan sido dañados. Y esto es lo que emerge con una fuerza descomunal en el evangelio de hoy. En nuestra vida diaria, en la que convivimos con nuestros hermanos, los vínculos entre unos y otros pueden desmoronarse. La salud e integridad de cada comunidad, su creatividad y crecimiento, dependen del sentido de pertenencia que tenga cada quien. Si yo no siento la pertenencia a mi comunidad me convierto en un elemento distorsionador. Jesús propone el perdón para

¹ JAMES DUNN, *La llamada de Jesús al seguimiento*. Ed. Sal Terrae. Maliaño (Cantabria), 2001

² Mt 18,21ss

³ Mt 5,38-42

⁴ JUAN MATEOS, *El horizonte humano. La propuesta de Jesús*. Ed. El Almendro. Córdoba, 1988

pertenecemos, para crear ese sentido de pertenencia. Por tanto, el perdón es una necesidad, es como si fuera el auténtico tejido de nuestro universo.

Los brazos extendidos de Jesús en la cruz, son el símbolo del perdón para todos y cada uno. Por tanto, en cierto sentido, la falta de voluntad para perdonar es un atentado contra Dios, porque cualquier renuncia a perdonar es una resistencia a la gracia; cualquier moción para dañar a otro, es desgarrar a Dios en pedazos⁵.

Un amor de esas características se ve inevitablemente urgido a expresarse como ***perdón de aquello que inicialmente hizo del otro un enemigo***. El amor que traspasa límites no es sino el perdón que hace borrón y cuenta nueva de las ofensas pendientes y rehúsa reavivar el recuerdo del daño sufrido. El único modelo adecuado de este tipo de perdón es la propia gracia y generosidad divina.

Negarse a perdonar al otro es un síntoma de que en realidad uno no ha aceptado el perdón que le ha sido ofrecido. Negarse a perdonar equivale a invocar sobre sí la condena. Solo son capaces de perdonar aquellos que han tenido la experiencia de haber sido perdonados. Por lo tanto, quienes no perdonan demuestran que no han recibido o no han aceptado el perdón⁶.

Los discípulos le dicen a Jesús: «*Auméntanos la fe*». Sienten que su fe es pequeña y débil. Necesitan confiar más en Dios y creer más en Jesús. No le entienden muy bien, pero no le discuten. Hacen justamente lo más importante: pedirle ayuda para que haga crecer su fe.

Pero si nos fijamos bien, ante esta petición de los discípulos, Jesús no responde directamente. Y no responde directamente porque, tal vez, la petición –«*auméntanos la fe*»- no está bien planteada. No se trata de cantidad, sino de autenticidad.

La fe es una vivencia de Dios, por eso no tiene nada que ver con la cantidad. El grano de mostaza, aunque diminuto, contiene vida exactamente igual que la mayor de las semillas. Esa vida, es lo que de verdad importa. Y la fe no se puede aumentar desde fuera, tiene que crecer desde dentro como el grano de mostaza.

Durante mucho tiempo esa promesa de Jesús de que «*si tuviéramos fe, aunque fuera tan pequeña como la semilla de mostaza podríamos mover un árbol y plantarlo en el mar*» se interpretó como una promesa de poderes mágicos para hacer obras portentosas. La imagen de ese árbol frondoso en el mar es absurda. Con esta forma de hablar de Jesús, esta hipérbole, lo que nos está diciendo el evangelio, es que toda la fuerza de Dios está ya en cada uno de nosotros. El que tiene confianza, podrá desplegar en su vida el poder de Dios.

⁵ Cfr. THOMAS KEATING. *Awakenings* Ed. Crossroad 1990

⁶ JAMES DUNN, *op.cit.*